

A man wearing a black leather jacket and a dark t-shirt, with his hands in his pockets, is the background for the text. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the leather.

# EL PROXENETA

Mabel Lozano

La historia real sobre  
el negocio de la prostitución

Mabel Lozano cuenta por primera vez la verdadera historia de lo que hay detrás de la prostitución de la mano de un testigo privilegiado, Miguel, apodado *el Músico*, un proxeneta que ha confesado con pelos y señales cómo ha evolucionado el negocio de la prostitución en España y todo el mundo, desde principios de los años noventa hasta hoy, con el lucro de la trata y secuestro de mujeres de deuda a las que su única salida era la prostitución. *El Músico* pasó de portero de un club a los diecisiete años, donde conoció a sus dos futuros socios —un camarero y un macarra—, a ser un todopoderoso jefe de la mafia y dueño de doce de los macroburdeles más importantes de España. Nada más y nada menos que capo de una red organizada y sin escrúpulos con un único objetivo: exprimir crónicamente a mujeres de todo el mundo —más de 1.700, incluido menores— para que se prostituyeran y les reportaran sumas insospechadas de beneficios. Sexo, corrupción, asesinatos, trata de seres humanos, lavado de dinero, secuestros, extorsiones. La historia real de hechos probados en sentencias firmes sobre los más importantes proxenetas de nuestro país. Un relato jamás contado, apasionante y único sobre el crimen organizado que mueve los hilos de la prostitución.

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo mira dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

## INTRODUCCIÓN

Recuerdo que hace más de una década Mabel Lozano, ya entonces amiga y hermana, me llamó para que asistiera a la presentación de su primera película. Era a las doce del mediodía, en la FNAC de la calle Preciados de Madrid. Y había muy poca gente. Apenas una docena de personas. Se trataba de un documental rodado en Rumanía, Moldavia y España, titulado *Voces contra la trata*, donde la directora de cine denunciaba la compraventa de mujeres y niñas con fines de explotación sexual. Por entonces nadie hablaba de aquello. Era uno de los tantos temas tabú que resulta más cómodo obviar. Pero ella determinó que esa debía ser su causa y que estaba decidida a implicarse pese a que hubiera quien le aconsejara lo contrario, tanto por la desidia de la sociedad respecto al asunto como por las posibles represalias de los malvados que lo manejan. Cuando Mabel comenzó a relatar todo lo visto y vivido para poder rodar aquel primer largometraje, a los contados asistentes se nos nubló la mirada. En un momento de su discurso, yo no pude contener las lágrimas, que me retiraba con disimulo de las mejillas, mientras permanecía muda, como todos los demás, y casi hipnotizada por la extraordinaria capacidad de comunicación de Mabel.

Diez años después volví a acudir al estreno de la última película de la cineasta, *Chicas Nuevas 24 horas*, y a enmudecer y a llorar..., pero en esta ocasión, en compañía de un auditorio a reventar, repleto de autoridades políticas, responsables de instituciones y todo tipo de personalidades relevantes de cualquier ámbito. Desde entonces hasta aho-

ra, *Chicas Nuevas 24 horas* ha conseguido todos los premios posibles e imposibles, nacionales e internacionales, y Mabel, además de consideraciones profesionales las ha recibido sociales, en el mundo entero, por su empeño personal en combatir una de las peores lacras de todos los tiempos: la trata de mujeres y niñas.

Como además de conversar como amigas —hermanas, vuelvo a precisar— he entrevistado a Mabel en infinidad de ocasiones y he asistido a todos los estrenos de sus obras, así como a muchas de sus charlas, llevaba largo tiempo empeñada en convencerla para que reuniera su pasión, su sentimiento, su mensaje y sus palabras en un libro.

Mabel siempre ha escrito mucho, pero, a excepción de algún que otro artículo, siempre guiones de cine; por eso, desde la sencillez y la prudencia, rechazaba la empresa una y otra vez; sin embargo, cuando encontró algo que sabía que era imprescindible hacer público y que jamás se había contado antes, resolvió acceder a mis ruegos, apartar las cautelas y lanzarse a la piscina. De ahí nace esta obra que recoge la historia de un proxeneta, abierto en canal, que ha recogido con excepcional maestría Mabel Lozano y de la que yo he tenido la suerte de poder ser cómplice. Mi orgullo personal radica en haberla persuadido y llevado de la mano hasta la editorial, así como en haber ejercido de editora para redondear un poco la potencia de su voz literaria —en esta historia que no es precisamente bonita, sino enormemente dura y sobrecogedora—, para que la valentía de Mabel, en este trabajo único y espectacular, quedara, si cabe, algo más subrayada.

Mientras leía el texto obnubilada por la fuerza desbocada del contenido y por las agallas de mi amiga —que ya tiene preparado, además, el documental correspondiente—, recordaba su respuesta siempre que se le pregunta qué la empuja a adentrarse en este proceloso escenario y a asumir los riesgos que conlleva su obsesión por luchar contra la trata de mujeres: «Cuando escucho a estas mujeres, a es-

tas niñas —suele decir Mabel—, sigo viendo a mi hija, y quiero conseguir que cualquiera de ellas, el día de mañana, en vez de mirarme con los ojos tristes y vencidos, me mire con los de mi hija y sea libre y feliz».

MARTA ROBLES

# Capítulo 1

## DE MACARRAS A PROXENETAS

### CATEDRÁTICO PARA LA EXPLOTACIÓN SEXUAL

La primera vez me quedé callado. De mi garganta, seca, no salió sonido alguno. Aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, no conseguí articular palabra ni negarme ni pedir ayuda. El miedo y la culpa me cerraron la boca. Sobre todo la culpa. El creer que era yo quien provocaba todo aquello. Yo, que no era más que un chaval de trece años, solo y asustado...

Por mucho que te lo imagines —y lo había imaginado muchas noches al apagarse las luces, mientras escuchaba los murmullos, las leves y ahogadas protestas y los jadeos y los llantos que, al día siguiente, en las duchas, se convertían en bochorno y silencio—, cuando llega tu momento no estás preparado para afrontarlo, para reaccionar como crees que debes hacerlo. Sabía lo que ocurría en el orfanato casi cada noche. Nadie hablaba de ello, pero lo sabíamos todos. Por eso intuía y temía que también me pasaría a mí; solo que pensé que, cuando me tocara, gritaría, correría y pediría ayuda. Pero llegó el día, y el miedo y la angustia me traicionaron. Y un cuerpo desertor e inerte, que no parecía mío, me impidió rebelarme contra quien ejercía su inmenso poder sobre mí, sin compasión.

Fue todo muy lento. Primero una conversación banal, casi sin sentido, luego una frase que lleva a otra, una pregunta, otra... Y, desde el principio, las ganas de decir NO con rotundidad y el notar que ese NO, por más que sonara nítido y real en mi cabeza, no se escuchaba, porque se quedaba ahogado en mi garganta.

A partir de ese instante ya no hay salida. Y lo sabes. Estás solo y nadie te ayudará. Así que..., te resignas y te dejas hacer, esperando que todo aquello termine cuanto antes. Cierras los ojos, aprietas los puños e intentas pensar en otra cosa para que el tiempo, que parece detenido, pase con mayor rapidez; pero es imposible: los minutos se multiplican y se vuelven eternos mientras te invaden un dolor y un asco que no se irán nunca. De pronto, cuando sientes que ya no puedes más, él, por fin, termina y se va.

Entonces, en silencio, recoges tu pantalón de pijama del suelo. Y aceptas que nada volverá a ser igual.

Fue en esta última etapa en el orfanato cuando descubrí que los malos tratos previos a este episodio de agresión sexual eran lo mejor que me podía pasar. Comprendí que el dolor de los castigos físicos infligidos hasta entonces era efímero. Mera preparación para esa otra tortura que estaba por llegar.

De las palizas recibidas apenas me quedan recuerdos. El daño físico es pasajero. Después del dolor no hay más dolor, o es una continuación del mismo que ya conoces. La pena del alma es otra cosa. Se queda para toda la vida. Como una cicatriz. Te corroe por dentro. Y te deja sin voluntad.

Nunca antes conté lo que viví en el orfanato. Aquellas visitas nocturnas de los curas que paseaban arriba y abajo por el dormitorio común, como si velaran por nosotros, mientras elegían a su presa y la devoraban, o las mañanas siguientes al horror, recorriendo el pasillo del dormitorio, con las sábanas de la vergüenza en la mano, a la vista de todos, siempre fueron mi secreto mejor guardado. Un oscu-

ro secreto que debía descubrir para entender algunas claves de mi comportamiento posterior. Porque mi pasado — que no mi infancia, si es que alguna vez la tuve— fue el que me condujo a muchas de mis más crueles decisiones futuras...

Yo no me licencié en Educación General Básica, sino en una disciplina que haría de mí un catedrático para la explotación sexual, sin yo saberlo, pues realmente viví, desde pequeño, todo lo que una víctima de trata siente y padece.

## EL MÚSICO

Nací un 10 de septiembre de 1963, en las Ramblas barcelonesas, en pleno corazón del famoso barrio Chino. La mía era una familia de inmigrantes cordobeses que llegaron a la Ciudad Condal, como tantas otras familias andaluzas, buscando una oportunidad, un trabajo, una vida mejor.

No conocí a mi padre, y mi madre no pudo criarme, no por ser soltera, sino por ser pobre. A los cuatro años me entregaron a un orfanato, como antes habían hecho con mis dos hermanos: mi hermano mayor y mi hermana melliza Ana. Recuerdo que el primero en desaparecer de mis juegos, por sorpresa, fue mi hermano; un poco más tarde lo hizo mi hermana. Yo sabía que los llevaban a un orfanato, y tenía previsto esconderme bajo la cama, o detrás del mueble aparador que presidía el comedor, cuando vinieran a buscarme, para que no me encontraran. Pero nadie vino a por mí: me llevaron mi madre y mi tía, de la mano. Imagino que la razón de esta fatídica decisión no era otra que poder alargar las lentejas más allá de los miércoles, que era hasta donde llegaba el menú de la semana; pero fueron ellas las que me dejaron allí.

Corría el invierno del 67 cuando mi madre, mi tía y yo llegamos a la que sería mi nueva casa y nos sentamos a esperar a que nos recibieran en un viejo banco de madera, si-

tuado en un rincón del *hall* del orfanato. Al poco salió una monja, que saludó amablemente a las dos mujeres que me acompañaban y después me miró a mí y me sonrió, mientras abría su mano para ofrecerme dos quesitos de La Vaca que Ríe. Nunca pude olvidar aquellas palabras de mi madre, con las que me despedí de mi infancia...

«¡Miguelín, ahora vete con esta monja!», dijo muy seria.

Años después pensé que eso de que los quesitos fueran de La Vaca que Ríe era pura ironía de la vida, porque aquella situación no le hubiera hecho gracia ni a una maldita vaca.

Me levanté y, con la mano que tenía libre, me agarré a la de la monja. Y me fui con ella.

Ingresé en ese primer orfanato con tan solo cuatro años y salí del tercero con catorce recién cumplidos. Fue este último el que dejó una huella imborrable, una marca indeleble que todavía hoy me atrapa y me somete.

Al salir, y después de tantos años, volví a reunirme con mi hermano mayor y mi hermana melliza. Apenas recordaba cómo eran sus rostros, pero no había olvidado sus nombres. El mío, sin embargo, podría haberse desvanecido en mi memoria, porque desde adolescente me conocen por otro distinto.

\* \* \*

Me llamo Miguel, pero me apodan *el Músico*. El mote viene de lejos, y no fue cosa del azar. Recién salido del orfanato vivía en el Besós, un barrio obrero muy conflictivo a las afueras de Barcelona, donde había mucha delincuencia. Era un mundo aparte, peligroso y salvaje, donde las redadas de la policía estaban a la orden del día. En una de ellas me detuvieron por primera vez. Tomaba algo en un bar, con unos colegas, cuando llegó la policía y nos *invitó* a todos a salir a la calle. Nos montaron en el gran furgón policial, y desde

allí, directos al cuartelillo. Como era menor de edad, me llevaron a la comisaría de Pueblo Nuevo —Grupo de menores—, y fue entonces cuando, a la hora de interrogarme para ficharme, les contesté con una máxima del barrio: «Yo no sé nada. Soy músico, y me acuesto a las ocho de la tarde».

Los propios policías me adjudicaron el sobrenombre de *Músico*. Y desde entonces nunca me han llamado de otra manera.

Comencé a trabajar a los catorce años como mozo de los recados en una farmacia, y ya a los dieciséis encontré un puesto como guarda de seguridad en una empresa de vigilancia nocturna de fábricas y polígonos industriales. Un día, un compañero me pidió que lo supliera en otro trabajo muy distinto. «Solo será una noche —me dijo—, la de fin de año». El trabajo era de portero en un club de carretera y hasta me pareció divertida la propuesta, aunque supuse que algo de peligro tendría cuando me advirtió, con insistencia, lo importante que era que no dijera mi edad —tenía diecisiete años—. No lo pensé mucho. Accedí, con la condición de que, más adelante, fuese él quien me relevara en nuestro trabajo común durante una noche entera. Esa decisión cambió mi destino y marcó el rumbo de mi vida...

## UNA NOCHE SE CONVIRTIÓ EN TODAS LAS NOCHES

Era un club muy grande y conocido —de esto último me enteré más tarde, ya que jamás había entrado en uno de esos locales—. Estaba a las afueras de Barcelona y, por lo que luego me contaron, en aquella época se le consideraba el club más glamuroso y afamado de la ciudad. Al entrar había un pequeño tramo de escaleras que descendían hasta el gran salón, situado en un sótano sin ventanas. Era un espacio diáfano y lujoso, recorrido de un extremo al otro por una larguísima barra de cristal rojo, con más de veinte taburetes, tapizados en brillante terciopelo, también rojo.

Las luces del techo simulaban constelaciones de estrellas, el suelo estaba cubierto por una moqueta color cereza y el aire olía a limpio. Todo era bonito y luminoso, en ese salón. Además, los camareros, uniformados con elegantes esmóquines negros y con pajarita del mismo color, y los porteros, ataviados con elegantes levitas, conferían un aspecto impecable al club. Parecía un escenario de la película *Casablanca*, en el que Humphrey Bogart podía hacer su entrada en cualquier momento...

En una de las esquinas se veía un pasillo que llevaba a las habitaciones. En ellas todo cambiaba. No es que no estuvieran limpias, pero allí no cabía ni el brillo ni el lujo del salón, solo la austeridad. Tenían las paredes pintadas en gotelé blanco, un armario empotrado y una pequeña cama de noventa centímetros. Eso sí, todas las habitaciones disponían de un pequeño baño con un bidé, y un lavamanos, todo un privilegio para aquella época.

Aquello me impresionó, pero no tanto como las mujeres que se encontraban dentro de esa larguísima barra, detrás de la línea de camareros, apoyadas contra las estanterías de cristal donde se apilaban cientos de botellas. Eran más de veinte prostitutas, colocadas en perfecta fila india... ¡Y eran impresionantes!

Casi todas eran españolas y portuguesas, aunque también había alguna que otra de nacionalidad argentina... No podía dejar de mirarlas, deslumbrado por su elegancia y por sus esculturales cuerpos cubiertos por un escueto vestuario que dejaba poco o nada a la imaginación. Llevaban *bodies* de lencería fina, muy ceñidos al cuerpo, de colores brillantes, acompañados por medias transparentes y preciosos zapatos con tacones de aguja altísimos. Todas completaban el ligero vestuario con un cinturón, unas veces pequeño, tipo cadenita, otras de cuero, ceñido a la cintura, ancho y de fieltro... Parecía casi un distintivo. En cuanto a sus cabellos, sueltos y ondulados o en preciosos moños de

corte español, dejaban ver el brillo de los pendientes que adornaban sus rostros maquillados y sonrientes.

Manténían esa fila con el propósito de que, una vez servida la copa al cliente, se le acercara la primera mujer aliñeada y, durante un máximo de cinco minutos, intentara que el hombre la invitara a una copa o cerraran *el trato*. De no ser así, el camarero, discretamente, por debajo de la barra y lejos de la vista del cliente, le haría un gesto con el dedo pulgar hacia abajo, o bien, por si la mujer no veía el gesto anterior al estar de espaldas, le daría un pequeño tironcito del cinturón —la razón por la que todas llevaban este accesorio encima del *bodie*—. Estas serían las dos señales para que la mujer abandonara el lugar de la barra frente al cliente, regresara al final de la fila y dejara el puesto a la siguiente compañera para que probara suerte. Así con todos los clientes, y todas las mujeres.

Esa noche era especial. La última del año. Así que también los clientes iban vestidos para la ocasión. Con traje y corbata o incluso algunos con esmoquin.

Sonaba la música de Tito Rojas, la Fania, Héctor Lavoe..., me encantaba. Todavía recuerdo la risa de los clientes, el descaro y las bromas de las mujeres coqueteando con ellos... La chulería de los macarras a la hora de hablar, incluso con palabras que yo no había escuchado antes, tales como «lumy», «boquerones», «primos»... Y su ropa, la ropa de los macarras, que no se parecía en nada a la que vestían los de las películas. Aquellos no eran los hombres cachas y malencarados que veíamos en el cine y en la tele, ni iban con chupas de cuero y pantalón vaquero. Todo lo contrario. Esa noche parecían elegantes hombres de negocios, con sus trajes y americanas impecables, sus camisas blancas y sus corbatas. Además, en su mayoría, eran muy apuestos. ¡Jamás los hubiera imaginado así!

Me sentí bien. Importante. Sobre todo por el respeto y la seriedad con la que me hablaban. Era la primera vez que alguien se dirigía a mí de aquella manera. A mí, que hasta

entonces solo había conocido la sumisión, el miedo y la represión del orfanato. Me pareció un mundo mágico, donde se respetaba la libertad. Así lo veía yo. O quizá así lo quería ver.

Esa primera noche, al terminar la jornada, que era de cinco de la tarde a cinco de la madrugada, el encargado del club me propuso quedarme de continuo para ocupar el puesto de portero. Estuve a punto de mentirle con mi edad, pero no me atreví y le confesé que tan solo tenía diecisiete años.

A pesar de ser menor, ese hombre, *el Flaco* —ese era su apodo—, se las arregló para que me quedara, con la condición de que siempre estuviese un poco en la sombra y fuera otro portero quien diera la cara en caso de problemas con los clientes o con la policía hasta mi mayoría de edad. No sé por qué lo hizo. Tal vez le caí bien desde el primer momento, o le di pena... No lo sé. Pero sí que tuve la suerte de conocer al hombre que más sabía de la prostitución en aquellos tiempos, al Flaco, que llevaba desde los años cincuenta en este ambiente. Y, desde luego, no había nadie que supiera más de *la noche*, que es como nosotros llamamos al mundo de la prostitución.

## EL FLACO

El Flaco era un hombre muy elegante. Tendría unos cincuenta años y era muy delgado, calvo, de media estatura; pero, sobre todo, era un tipo muy educado y convincente, que podía estar hablando durante horas sin decirte nada de lo que no quisiera que te enterases y encima hacer que te fueras tan feliz y contento como si te hubiera desvelado un millón de secretos. De su mano recorrí todos los clubes que regentaba. Él era supervisor de una pequeña cadena de burdeles de lujo en Cataluña. Durante los siguientes trece años no solo se convirtió en mi jefe, sino también en mi